

Parochial and Plain Sermons, IV, 20, pp. 295-306  
 Predicado el 21 de febrero de 1836

## LOS RIESGOS DE LA FE

*Ellos le dijeron: 'Podemos' (Mt 20,22)*

Estas palabras de los santos Apóstoles Santiago y Juan fueron la respuesta a una pregunta muy solemne que les dirigió su Divino Maestro. Con una noble ambición, impracticable aún según la sabiduría de lo alto y no enseñada en la verdad más santa, codiciaban sentarse junto a El en Su trono de Gloria. No se hubieran contentado con nada menos que ese don especial que El había venido a conceder a Sus elegidos, que adquirió para ellos poco después de morir, y que nos lo ofrece a nosotros. Pidieron el don de la vida eterna, y al responderles no les dijo que lo tendrían, aunque estaba reservado para ellos realmente, sino que les recordó lo que *debían arriesgar por él*. “¿Podréis beber el cáliz que Yo beberé y ser bautizados con el bautismo con el que Yo voy a ser bautizado? Ellos le dijeron: Sí, podemos” (Mc 10, 38-39). Aquí se enseña una gran lección para nosotros, esto es, que nuestro deber como cristianos reside en correr riesgos por la vida eterna sin la certeza absoluta de tener éxito.

El éxito y la recompensa eterna la tendrán los que perseveren hasta el fin. No podemos dudar de que los riesgos de todos los siervos de Cristo deben ser devueltos con abundante incremento en el Último Día. Es un dicho verdadero que El devuelve mucho más de lo que le hemos dado, y sin fallar. Pero estoy hablando de individuos, de nosotros mismos, uno por uno. Ninguno de nosotros sabe con certeza si perseverará, pero cada uno de nosotros, para darse aunque sea una oportunidad de éxito, debe correr el riesgo. En cuanto a los individuos, pues, es bastante claro que todos debemos ciertamente arriesgar por el cielo, aunque sin la seguridad del éxito de los riesgos. Este es el verdadero significado de la palabra “riesgo”, pues sería un riesgo extraño el que no tuviera nada de temor, aventura, peligro, ansiedad o incertidumbre. Así es de incierto, y en esto consiste la excelencia y la nobleza de la *fe*. La verdadera razón por la cual la *fe* se distingue de las otras gracias y es honrada como el medio especial de nuestra justificación es que su presencia implica que tenemos el corazón para arriesgar.

Esto lo señala suficientemente San Pablo en el capítulo undécimo de su carta a los Hebreos, que se abre con una definición de la fe, y luego nos da ejemplos de ella, como para ponernos en guardia contra cualquier posibilidad de error. Después de citar el texto “el justo vivirá por la fe”, y mostrar claramente que está hablando de lo que trata en la carta a los Romanos sobre la fe *justificante*, continúa diciendo: “la fe es la substancia”, esto es, darse cuenta, “de las cosas que se esperan, la evidencia”, esto es, el fundamento de prueba, “de las cosas que no se ven” (Hb 11,1). Es en su misma esencia hacer presente lo que no se ve, actuar en base a la mera perspectiva de ello como si realmente se poseyera, arriesgarse por ello, jugarse la comodidad, la felicidad y otros bienes del presente, por la posibilidad del futuro. Por eso dice en otra carta enfáticamente: “Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de los hombres” (1 Cor 15,19). Si los muertos no resucitan, hemos hecho un tremendo error de cálculo en la elección de vida y estamos totalmente equivocados.

Y lo que es verdad de la doctrina misma, es verdad también para nuestros interés individual en ella. San Pablo lo muestra en su carta a los Hebreos con el ejemplo de los santos antiguos que arriesgaron su felicidad presente en vistas de la futura. Abraham “salió sin saber

adónde iba”. El y el resto murieron Sin haber conseguido el objeto de las promesas, aunque viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose extraños y forasteros sobre la tierra” (Hb 11,13). Así fue la fe de los Patriarcas, y en el texto los jóvenes Apóstoles, con una simplicidad sin instrucción pero generosa, proclaman lo mismos. Aunque poco sabían de la plenitud de lo que decían, de todos modos, sus palabras expresaban lo que tenían oculto en su corazón, y profetizaban su futura conducta. Le dijeron “podemos”. Se empeñan como inconscientes y Alguien más fuerte que ellos los toma y los hace cautivos, por así decir, con astucia. Pero, verdaderamente, su insospechado ofrecimiento fue, después de todo, hecho de corazón, aunque no sabían lo que prometían, y así fue aceptado. “¿Podéis beber el cáliz que Yo beberé y ser bautizados con el bautismo con que Yo seré bautizado? Le dijeron, podemos”. En respuesta, sin prometerles el cielo, les respondió diciendo bondadosamente: “*Beberéis el cáliz que Yo voy a beber y seréis bautizados con el bautismo con que Yo voy a ser bautizado*”.

Nuestro Señor parece actuar después de la misma manera con San Pedro, aceptando su oficio de servir pero advirtiéndole qué poco lo entendía. El celoso Apóstol quería seguir a su Señor inmediatamente, pero El le contestó “Adónde Yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde” (Jn 13,36). Y en otro momento le reclama la promesa que había hecho y le dice: “Tú sígueme”, y a la vez le explica: “En verdad, en verdad te digo que cuando eras joven tú mismo te ceñías e ibas adonde querías, pero cuando seas viejo extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras” (Jn 21, 18-22)

Así fueron los riesgos aceptados por los Apóstoles en la fe y en la incertidumbre,. En un pasaje del Evangelio de San Lucas, Nuestro Salvador nos inculca a todos la necesidad de hacer deliberadamente lo mismo. “¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, y ver si tiene para acabarla? No sea que habiendo puesto los cimientos y ni pudiendo terminar, todos los que lo vean se pongan a burlarse de él, diciendo: este comenzó a edificar y no pudo terminar”. Y luego agrega: “De igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 28-33), advirtiéndonos así del sacrificio pleno que debemos hacer. Le entregamos todo, y El reclama esto o aquello, o nos concede algo por un tiempo, de acuerdo a Su voluntad. Por otro lado, el caso del joven rico, que se fue triste cuando Nuestro Señor le invitó a dejarlo todo y seguirle, es un ejemplo de alguien que *no* tuvo fe para arriesgar este mundo por el otro, fundado en Su palabra.

Si la fe es, entonces, la esencia de una vida cristiana, y si es lo que ahora he descrito, se sigue que nuestro deber reside en arriesgar lo que tenemos por lo que no tenemos, fundados en la palabra de Cristo. Y tenemos que hacerlo de modo noble, generoso, no con imprudencia o ligereza, sin saber con exactitud lo que estamos haciendo ni a qué renunciamos, ni tampoco lo que ganaremos, sino inciertos acerca de nuestra recompensa, del alcance de nuestro sacrificio, apoyados en Cristo en todo sentido, esperando en El, confiando en que cumplirá Su promesa y nos hará capaces de cumplir nuestros propios compromisos, y procediendo así en todo sin preocupación o ansiedad por el futuro.

Me trevo a decir que lo que acabo de afirmar parece claro y nada excepcional para la mayoría de lo que me escuchan, pero seguramente cuando proceda a sacar las consecuencias prácticas que se siguen inmediatamente, habrá quienes se volverán atrás, si no abiertamente, sí en lo secreto de su corazón.

Los hombres nos permiten a los ministros de Cristo que prediquemos mientras nos limitemos a verdades generales, hasta que ven que ellos mismos están implicados y tienen que actuar de acuerdo a ellas, y entonces resisten de repente, se cierran, se vuelven atrás, y dicen que no ven *esto* o no admiten *aquello*, y aunque no son capaces de decir *por qué* no se siguen esas consecuencias de lo que ya han aceptado, y que les hemos mostrado que *deben* seguirse,

insisten en que no lo ven, y buscan excusas, y dicen que hemos llevado las cosas demasiado lejos, que somos extravagantes, que deberíamos limitar y modificar lo que decimos, y que no tomamos en cuenta los tiempos y la época en que vivimos, y cosas por el estilo.

Esto es lo que pretenden, y bien se ha dicho que “donde hay voluntad hay un camino”, pues no hay ninguna verdad, por muy clara que sea, de la que los hombres no puedan escapar cerrando sus ojos. No existe ningún deber, por más urgente que sea, para el cual encuentren diez mil buenas razones en contra, para su propio caso. Y están seguros para afirmar que llevamos las cosas demasiado lejos, precisamente cuando se las estamos poniendo cerca.

Esta triste enfermedad de los hombres que se llaman cristianos queda ejemplificada en el tema que tenemos ante nosotros. ¿Quién no admite enseguida que la fe consiste en arriesgar sin ver, fiados en la palabra de Cristo? Pero a pesar de esto, podemos cuestionar seriamente que los hombres en general, aún los mejores, arriesguen algo por la verdad de Cristo.

Considerad por un instante. Que cada uno de los que me escucháis se pregunte qué riesgo ha tomado por la verdad de la promesa de Cristo. Suponiendo que esa promesa fallara, lo cual es imposible, ¿estaría una pizca peor de lo que está? Sabemos que lo que significa apostar a cualquier riesgo en este mundo. Arriesgamos nuestra propiedad en planes que prometen ganancia, confiamos en proyectos y tenemos fe en ellos. ¿Qué hemos arriesgado por Cristo? ¿Qué le hemos dado por creer en Su promesa?

El Apóstol dice que él y sus hermanos serían los hombres más miserables si los muertos no resucitasen. ¿Podemos aplicarnos esto en alguna medida? Pensamos, quizás, que ahora tenemos alguna esperanza del cielo. Bueno, *esto* lo podríamos perder, por supuesto, pero, después de todo, ¿iríamos peor respecto a nuestra *presente* condición? Un comerciante que ha invertido alguna propiedad en un negocio que fracasó, no solamente ha perdido su perspectiva de ganar, sino algo de sí mismo que arriesgó con la *esperanza* de ganar. Esta es la cuestión: ¿qué hemos arriesgado *nosotros*? Temo realmente que, cuando nos examinemos, descubramos que no resolvemos nada, no hacemos nada, no dejamos de hacer nada, ni evitamos nada, ni elegimos nada, ni abandonamos nada, ni perseguimos nada, que no decidiríamos, o haríamos, o no haríamos, o evitaríamos, o elegiríamos, o abandonaríamos, o perseguiríamos, si Cristo no hubiese muerto y no se nos hubiera prometido el cielo. Temo realmente que la mayoría de los hombres llamados cristianos, sea como sea lo que creen, o piensen sentir, o digan tener de calidez, iluminación o amor, continuarían siendo como son, ni mejor ni peor, si creyeran que el cristianismo es una fábula.

Cuando son jóvenes son indulgentes con su sensualidad, o al menos van detrás de las vanidades del mundo. A medida que pasa el tiempo, entran en el camino de los negocios o algún otro modo de hacer dinero. Luego se casan y se establecen, y como su interés coincide con su deber, parecen ser, y así lo piensan, hombres respetables y religiosos. Crecen apegados a las cosas como son, comienzan a tener celo contra el vicio y el error, y buscan estar en paz con todos. Semejante conducta, por cierto, es correcta y digna. Sólo digo que no tiene necesariamente nada que ver con la religión. No hay nada en ella que sea prueba de la presencia de un principio religioso en los que la adoptan. Y no hay nada que no hicieran, aunque no tuviesen ganancia, excepto la que ya tienen, porque realmente algo obtienen ahora: satisfacen sus deseos actuales, son calmos y ordenados porque les interesa y les gusta serlo. Pero no *arriesgan* nada, no se juegan por nada, no sacrifican nada, no abandonan nada, por la fe en la palabra de Cristo.

Por ejemplo, San Bernabé tenía una propiedad en Chipre y la dio para los pobres de Cristo. Aquí tenemos un sacrificio comprensible. Hizo algo que no habría hecho a menos que el Evangelio fuese verdadero. Queda claro que si el Evangelio hubiese sido una fábula (Dios no lo permita), habría obrado sin ninguna habilidad, estaría en un gran error y habría sufrido

una pérdida. Sería como un comerciante cuyos barcos han naufragado o cuyos clientes han quebrado. El hombre tiene confianza en el hombre y en el crédito de su vecino, pero los cristianos, en su mayor parte, no arriesgan confiados en la palabra de su Salvador. Y esta es la única cosa que tienen que hacer. El mismo Cristo nos dice: “haceos amigos con las riquezas injustas, para que cuando lleguen a faltar os reciban en las moradas eternas” (Lc 16,9), es decir, obtened intereses en el mundo futuro con esa riqueza que este mundo usa perversamente, alimentad al hambriento, vestid al desnudo, aliviad al enfermo, y se convertirá en “bolsas que no se deterioran, un tesoro que no os faltará en los cielos” (Lc 12,33). Por eso digo, que las limosnas con un *riesgo* comprensible y una evidencia de fe.

Así también, el hombre que renuncia a la promesa de riquezas u honores cuando sus perspectivas en el mundo son buenas, para estar más cerca de Cristo, para tener un lugar en Su templo y más oportunidad de orar y alabar, está haciendo un sacrificio. Y aquél que por un noble esfuerzo de perfección aparta el deseo de las comodidades mundanas, y está, como Daniel o San Pablo, con mucho trabajo y ocupaciones, y con un corazón solitario, también él arriesga algo basado en la certeza del mundo venidero. Y quien después de caer en pecado se arrepiente de palabra y de obra, y pone algún yugo sobre sus hombros, se somete a penitencia, es severo con su carne, se niega placeres inocentes, o se expone a la vergüenza pública, también él muestra que su fe es la realidad de las cosas que se esperan y la garantía de las cosas que no se ven. Y aquél que se pone a rezar pidiendo no tener esas cosas que la mayoría busca, y abraza aquello que al corazón naturalmente le repugna, o el que, cuando la voluntad de Dios parece tender hacia un mal de este mundo, aunque lo lamenta, permanece diciendo de corazón “hágase Tu voluntad”, no lo hace sin sacrificio. Y el que ante una perspectiva de riquezas ora honestamente a Dios para no ser nunca rico, y el que teniendo la perspectiva de una posición social ora seriamente para no tenerla, y el que teniendo amigos o parientes acepta de corazón perderlos cuando aún es dudoso, y puede decir “llévatelos si es Tu voluntad, a Ti te los entrego y encomiendo” consintiendo que se le tome la palabra, ese también arriesga algo, y es aceptado.

A alguien así se le toma la palabra aunque, quizás, no entienda lo que dice. Pero es aceptado porque quiere decir algo, y arriesga mucho. Corazones generosos como Santiago y Juan, o Pedro, hablan a menudo con toda confianza y con anticipación de lo que harían por Cristo, no con falsedad, pero sí con ignorancia. Y por su causa de su sinceridad se les toma la palabra como recompensa, aunque tengan que aprender todavía cuán seria es esa palabra. “Le dijeron, podemos”, y el compromiso queda anotado en el cielo.

Este es el caso de todos nosotros en muchas ocasiones. Primero, en la Confirmación, cuando prometemos lo que fue prometido por nosotros en el Bautismo, aunque sin poder comprender cuánto prometemos, pero confiando que Dios lo revelará gradualmente y nos dará la fuerza de acuerdo al momento. Así también los que reciben las Sagradas Órdenes no saben lo que prometen, ni cuán profundamente se comprometen, ni perciben cuán íntimamente se apartan de los caminos del mundo, encontrando acaso que deben cortar su mano derecha, sacrificar el deseo de sus ojos y el palpitar de sus corazones al pie de la cruz, mientras piensan en su simplicidad que están eligiendo la vida tranquila de “hombres sencillos que habitan en sus tiendas”.

Y así también, de variados modos, las circunstancias de los tiempos hacen que los hombres tomen este camino o aquel en ciertos momentos, por causa de la religión. No saben adónde son llevados, no ven el final de su camino, sólo saben que es bueno hacer lo que están haciendo ahora, y escuchan un susurro dentro de ellos que les asegura, como hizo con los dos santos hermanos, que cualquier cosa que traiga consigo en el futuro su conducta presente, tendrá fuerzas para enfrentarla, con la gracia de Dios.

Aquellos santos Apóstoles dijeron “podemos” y en verdad fueron capaces de hacer y sufrir con habían dicho. Santiago recibió la fuerza para ser firme hasta la muerte, muerte de martirio al ser asesinado por la espada en Jerusalén. Santiago murió primero, y San Juan, su hermano, tuvo que soportar aún más, muriendo el último de los Apóstoles. Tuvo que soportar el dolor, primero por su hermano, y luego por los demás Apóstoles. Tuvo que soportar años de soledad, exilio y debilidad. Tuvo que experimentar la tristeza de estar solo cuando aquellos que amaba fueron llamados de este mundo. Tuvo que vivir con sus propios pensamientos, sin amigo familiar, acompañado sólo por aquellos que le rodeaban pero que pertenecían a una generación más joven. Su bondadoso Señor le pidió como prenda de su fe todos aquellos que sus ojos habían amado y con quienes su corazón había conversado.

Fue como un hombre que muda sus bienes a un país lejano, y que los envía a intervalos y por partes, antes que él, hasta que su casa queda casi desamoblada. Envío por delante a sus amigos en su viaje, mientras que él permanecía detrás, para que hubiera en el cielo que pensarán en él, le esperaran, y le recibieran cuando su Señor le llamara. Envío antes también otras garantías y riesgos de su fe aún más voluntarias: un andar abnegado, un celo permanente por la verdad, ayuno y oraciones, obras de amor, una vida virginal, bofetadas de los paganos, persecución y destierro. Bien pudo decir tan gran santo al fin de sus días “Ven, Señor Jesús”, como aquellos que hastiados de la noche esperan la mañana. Todos sus pensamientos, contemplaciones, deseos y esperanzas, estaban depositados en el mundo invisible, y la muerte, cuando llegó, le devolvió la visión de lo que había adorado, de lo que había amado, de aquello con lo que se había relacionado en los largos años pasados. ¡Cómo habrán revivido los recuerdos y los pensamientos familiares enterrados hacia tiempo, cuando se halló otra vez ante la presencia de lo que había perdido! ¿Quién podrá describir la bienaventuranza de los que encuentran a salvo todo lo que dieron en prenda y les es devuelto, todo lo que arriesgaron y les es compensado abundantemente y más allá de toda medida?

¡Siento mucho, hermanos, que no tengamos más de este espíritu elevado y sobrenatural! ¿Cómo es que nos contentemos con las cosas como son, que estemos tan deseosos de que nos dejen solos y de gozar esta vida, de poner semejantes excusas si alguien nos insiste acerca de la necesidad de algo más elevado, del deber de llevar la cruz, si podemos ganar la corona del Señor Jesucristo?

Repito, ¿cuáles son nuestros riesgos aceptados por la verdad de Su palabra?, pues El dice expresamente: “Todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna. Y muchos primeros serán últimos y muchos últimos, primeros” (Mt 19,29-30).